



Carnaval en Fajardo. Página opuesta, reciente toma de ronderos y músicos en Sachabamba.

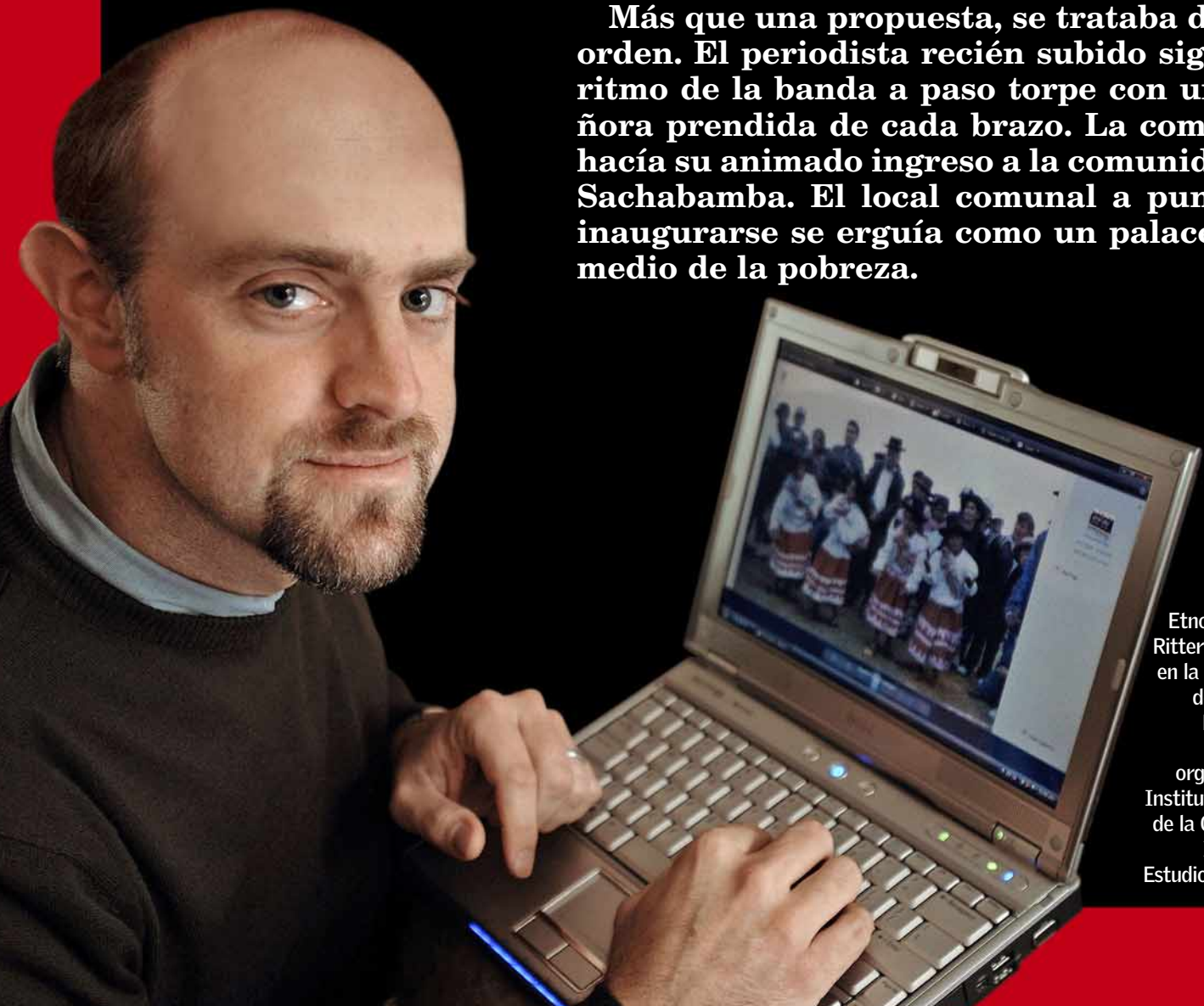
Los Acordes del Duelo

La historia oculta de los concursos musicales de Ayacucho durante los años de violencia terrorista.

Escribe: ENRIQUE CHÁVEZ

-Vamos a bailar, señor.

Más que una propuesta, se trataba de un orden. El periodista recién subido siguió el ritmo de la banda a paso torpe con una señora prendida de cada brazo. La comparsa hacía su animado ingreso a la comunidad de Sachabamba. El local comunal a punto de inaugurarse se erguía como un palacete en medio de la pobreza.



Etnomusicólogo Ritter es profesor en la Universidad de California. Participó en seminario organizado por Instituto de DDHH de la Católica y el Instituto de Estudios Peruanos.



FOTO: OSCAR MEDRANO

Ritter: "Los concursos ayudaron a procesar el dolor".

➔ Prácticamente todos en Sachabamba fueron enlutados por la guerra. Más tarde, entre baile y baile, las mujeres recordaron a sus muertos en medio de lágrimas. Sendero Luminoso y miembros de las Fuerzas Armadas alternaban la autoría de los crímenes en una sucesión que no podía reflejar con más impactante precisión lo que sufrieron las comunidades ayacuchanas desde que el terrorismo subversivo desató la insania.

La historia se repitió durante el resto de ese muy reciente viaje en lugares como Sancos y Saccsamarca. Hasta en la emblemática Lucanamarca, donde 25 años después de la masacre todavía se respira ambiente de funeral, los lamentos eran interrumpidos por la música y el baile. Hace apenas dos años la Comisión de Derechos Humanos (COMISEDH) materializó un proyecto de recuperación de memoria que incluyó un concurso de canciones testimoniales. Un libro y dos discos compactos con los temas finalistas fueron publicados.

La irrupción de Sendero y la carnicería desatada en los años siguientes dejó no solamente muertos y heridos sino también una estela de miles de desplazados y tradiciones culturales pisoteadas. El informe final de la Comisión de la Verdad y Reconciliación documentó cómo la cúpula de Sendero, lejos de integrarse a esa raigambre, la redujo a un puñado de arcaísmos. La violencia ensombreció el espíritu de comunidades particularmente vivas, que tenían la música y el baile inscritos en su ADN colectivo.

MUY LEJOS, EN LA SOLEADA California, esas cuestiones daban vueltas en la cabeza del etnomusicólogo Jonathan Ritter: ¿qué pasó con la música rural ayacuchana durante los años de violencia? ¿La censura —ajena o propia— afectó los carnavales y los concursos anuales? Para responderse no encontró mejor vehículo que su tesis de doctorado en la UCLA.

“Lo que encontré fue una historia extraordinaria”, dice.

“El informe final de la CVR habla mucho de la necesidad de crear espacios sociales para construir una memoria. Estoy de acuerdo, pero existían y existen hasta ahora esos espacios sociales a través de la música”.

Los concursos ayacuchanos, especialmente en la provincia de Víctor

La premisa central del informe de la CVR queda incólume: la barbarie encontró en la exclusión su mejor abono.

Fajardo donde se iniciaron en 1976, comenzaron siendo dominados por el carnavalesco género “Pum Pin”. “Eran sobre todo canciones de amor perdido y asuntos agrícolas”, explica. “A partir de 1978 y 1979 el concurso comenzó a politizarse. Justamente por esos años Sendero Luminoso había mandado gente del campo a trabajar en las escuelas y cantaban canciones revolucionarias”. El Colegio Los Andes de Sancos, por ejemplo, fue uno de los principales puntos de irradiación senderista.

La necesidad propagandística de los subversivos les hizo recurrir a los espacios que ya estaban montados. “Tenían literalmente a mil personas juntas de la comunidad escuchando el discurso de un compositor”.

Una de las grabaciones escuchadas por Ritter captura el momento en el que los senderistas hacen vivas “al leninismo, marxismo y pensamiento Gonzalo. La gente aplaudía. En ese momento no había presencia del Estado en la comunidad. Si los senderistas entraban diciendo vamos a ser el nuevo poder y tienen que estar con nosotros, la gente decía ya, bueno, y aplaudía”.

“Fosas Clandestinas” [2:01]

Concurso de Waswantu, 10 de febrero, 2002

*Qaqa mayus qaparisqa, tukusllañas waqallasqa
Qaqa mayus qaparisqa, tukusllañas waqallasqa
Llapa awqas tunakuna, llaqtanchikta chayamuspa
Metralletas y granadas runallata sipillaptin
Llapa awqas runakuna, llaqtanchikta chayamuspa
Metralletas y granadas runallata sipillaptin
En las fosas clandestinas, llaqtaruna wañullarqa
En las fosas clandestinas, llaqtaruna wañullarqa
Campesinos y obreros carcelpi waqallarqa
Estudiantes y maestros torturados masacrados
Campesinos y obreros carcelpi waqallarqa
Estudiantes y maestros torturados masacrados
Mana ima quchanmanta, mana ima faltanmanta
Mana ima quchanmanta, mana ima faltanmanta
Llaqtaruna chinkallarqa, llaqtaruna wañullarqa
En Umaro, Bellavista, Accomarca, y Cayara
Llaqtaruna chinkallarqa, llaqtaruna wañullarqa
En Umaro, Bellavista, Accomarca, y Cayara*



“Graban esas canciones, las escuchan y las lloran”.

LA INGENUIDAD NO DURÓ mucho tiempo. En 1983 ingresó al departamento la Infantería de Marina y ningún concurso fue celebrado. “La historia podía haber terminado allí, pero no”, cuenta Ritter. Al año siguiente, el más cruento de todos, seguía siendo imposible celebrar los certámenes en las azotadas comunidades rurales pero se reiniciaron en las ciudades con los desplazados. Ayacucho, y sobre todo Lima, fueron los centros del desfogue y “convirtieron el espacio en totalmente testimonial. Desde esa fecha hay miles de canciones sobre la violencia, las violaciones a los Derechos Humanos y el sufrimiento de los familia-



res y desaparecidos”. Hacia finales de los 80, añade Ritter, se produce un auge de microempresas que graban canciones en el campo para luego venderlas en Ayacucho y Lima.

“Los concursos ayudaron a procesar el dolor porque no había otros espacios para expresarlo frente a tus coterráneos”, señala. “La gente habla mucho y discute después del concurso. Graban esas canciones, retroceden el casete, lo escuchan y lo lloran. Tenía esa función de catarsis. Fue una forma de poner en circulación esas ideas y esas memorias. De recordar”.

Aquel aprovechamiento inicial de Sendero no significó, por cierto, que los terroristas capturaran los concursos. La mayoría de canciones expresaban tristeza, “porque somos



Grupo “Los Mensajeros” en concurso en la planicie de Waswantu, en provincia de Víctor Fajardo.

pobres, hemos sufrido y hemos sido masacrados. Pero no dicen por quién. A veces (en las grabaciones) entra gente y dice, abajo los senderistas, ellos tienen la culpa, y otros responden ¡no, eran todos, queremos la paz!”. A partir de 1995 las canciones testimoniales se abrieron más al contexto internacional. “Cinco meses después del 11 de setiembre se presentaron canciones sobre los ataques a las torres gemelas”.

NO ES CAUSAL QUE, hoy, las castigadas comunidades organizadoras de los concursos están entre las primeras priorizadas por las reparaciones que recomendó el informe final de la CVR. Once de ellas son de la provincia de Víctor Fajardo, donde Ritter hizo el grueso de sus estudios. Otras cubren las demás provincias con igual tradición musical: Cangallo, Huamanga, Huancasancos, La Mar, Lucanas, Sucre y Vilcashuamán.

Casi 50 pertenecen a los confines de Huanta, provincia donde, según su alcalde Edwin Bustíos, los muertos fueron 11,600. El registro de víctimas dirigido por la ex comisionada Sophia Macher, cerrará el número en una cifra cercana e igualmente terrorífica. La música marca todas las festividades de la provincia.

El proceso, como afirma Ritter, sigue vivo. Jesús Aliaga de la interminable (por el nombre) Comisión Multisectorial de Alto Nivel encargada del seguimiento de las acciones y políticas del Estado en los Ámbitos de la

Paz, la Reparación Colectiva y Reconciliación Nacional (CMAN), recuerda que hace poco visitaron la comunidad de Paccha en Huamanga y allí dos huérfanas que perdieron a sus padres en los años de violencia narraron con canciones la terrible historia. “Además la música y el folclor son parte del duelo”, agrega. El triste ulular del jarawi entonado por las viudas se ha vuelto parte de los actos de reparación colectiva en las comunidades.

EL DEBATE ALREDEDOR del quinto aniversario del informe final, con posiciones como la de los fujimoristas, el cardenal Juan Luis Cipriani e incluso ministros como Ántero Flores y Rafael Rey, reduce la historia a un debate ideológico donde parte del espectro político minimiza las responsabilidades atribuibles a las Fuerzas Armadas.

Pero la premisa central del informe queda incólume: la barbarie encontró en la exclusión su mejor abono. Si Sendero pudo llegar a anunciar a las comunidades que era el nuevo poder fue porque las alturas de Ayacucho no integraban el país formal. Si hoy, un cuarto de siglo después de los hechos, es descubierto que los muertos de Putis a manos de agentes del Estado no eran 123 sino más de 400 es porque las distancias se han acortado muy poco.

A pesar de todo, las sociedades altoandinas encontraron sus propios mecanismos para procesar la tragedia. Trabajos como el descrito rescatan la historia que se contó entre las grietas. Con arpas, violines y guitarras. ■